

alcanzará, sin embargo, la mayor altura, descubrirá de pronto, en el dolor, como Lear, el verdadero rostro de la vida. Recuerden ustedes el parlamento imperecedero de su abdicación. Pocas veces han estado más claros los atroces mecanismos del Poder. Pero de todas formas, esa futura grandeza, que estoy seguro Shakespeare determinó para hacer aún más evidente, y más amarga, la comprensión de su enseñanza; esa grandeza, repito, no evita el único hecho que la Historia no puede perdonar: Ricardo es un mal rey. Hay que deponerlo. No se trata aquí, fácil elección, como en *Ricardo III*, de acabar con un sanguinario tirano. La elección es mucho más compleja: Ricardo, simplemente, no es un buen rey, no gobierna bien. Y eso es bastante. Porque eso ya, *per se*, da nacimiento al mecanismo del caos.

En otra obra posterior, *El rey Lear*, la cima seguramente de la creación shakesperiana, donde todos los temas se darán cita, volveremos a ver este terrible espectáculo. Jamás un escritor, ni antes ni después, ha entrado como Shakespeare con tan seguro paso y cabeza más pura por los caminos desolados de la miseria humana, y también del perdón y la misericordia. *Lear* es también la ruptura de un Orden —aquella irresponsable decisión inicial de repartir el reino—. Y Lear, como Ricardo, aprenderá a lo largo del dolor el precio del error. Los dos morirán redimidos, habiendo entendido. Y solos. Castigados. Porque la Historia no perdona. No perdona jamás —en las espaldas de su pueblo— a un gobernante incapaz.

En esta meditación sobre el poder, Shakespeare no omite un discurso esencial: se preocupa mucho de enlazar la historia de Enrique IV, que es el precio de la usurpación, con la historia del futuro Enrique V, esto es: la educación del Príncipe. La educación de Hal es el más violento espejo de la naturaleza social del siglo XVI. No sólo por una advertencia terrible: un Rey no tiene amigos (amargo aviso que ilustrará la dolorosa caída del fabuloso Falstaff), sino porque el aprendizaje del futuro Enrique V no estriba solamente en la destilación de la antigua sabiduría en que muy bien consiste todo el reinado y los consejos de su padre, sino que Hal es consciente de que hay nuevos y sutiles mecanismos mediante los cuales hacerse con el alma de su pueblo, encandilarlo, fascinarlo; que la Autoridad moderna no va a alzarse sobre un pueblo dialogante —como lo hubieran sido aquellos griegos que pasaban sus mañanas en el Ágora entregados a un suceder de la vida que no hay verbo moderno que pueda traducir—, sino sobre una atormentada humanidad cuya última razón en muchos momentos es el brillo de la hoja de la espada y a la que para mantener en armonía (aquella Armonía natural al alma griega) muchas veces hay que engatusar astuta, sagazmente. Con estos flamantes elementos bajo el brazo, más la mano apretando el puño de su arma y el corazón dispuesto a la soledad del Poder, Hal irá construyendo ante los ojos mismos de su patria, su leyenda de Rey valeroso, popular e implacable en su autoridad. Cuando le llegue su hora, Hal avanzará con paso seguro hacia el trono. Y será un buen Rey. Inglaterra conocerá la gloria en la batalla, y, lo que es más importante, un gobierno equilibrado, sabio. Buen discípulo este Enrique V —aunque lo desconociera— del viejo Teognis. La imagen real no tiene fisuras. Probablemente, un griego se hubiera alarmado de lo que Shakespeare propone en el análisis de la educación del príncipe Hal, del futuro y magnífico Enrique V, pero si lo miramos con lupa, veremos que se trata de la misma demostración; sólo hay un ingrediente innovador acorde con las

composiciones políticas del universo isabelino: la astucia (entendida ésta como el arte de jugar las piezas aún con engaño, pero tendiendo al bien de la nación), astucia que a un griego le hubiera parecido inaceptable en la limpieza de su visión del mundo, pero que acaso ya en nuestros tiempos —como en los de Shakespeare— fuera precisa para que una tan extraordinariamente devastada conciencia como la de la sociedad moderna pueda ser llevada y traída hasta los límites del orden, hasta el confín de lo posible.

Vamos a tratar ahora, sobre la estimación de las cualidades que Tucídides resalta en Temístocles (y que serían el retrato del gobernante), y recordando también lo que sobre el tema establecen Solón o Teognis o las *Vidas* de Plutarco, así como las enseñanzas del llamado Siglo de Pericles o las páginas inolvidables de Platón o Isócrates, lo que podemos considerar como atributos de ese Príncipe y su educación.

Las cualidades que se le exigen son fundamentalmente dos, aparte de una cultura que es tanto la propia como la de aquella gente ilustrada sensata de que debe rodearse: previsión y claridad de juicio. Pues la vida y la política son como esas filas de fichas de dominó que al caer una mueve a las restantes, o como un ajedrez. Por lo tanto hay que meditar mucho cada gesto, cada decisión, que pueda poner en marcha otros engranajes y saber adónde pueden conducir. Esto incluye la guerra, que no debe ser —como modernos testimonios nos han acostumbrado— total y aniquiladora, sino localizada y como arma de la política.

Otra consideración primordial es que no deben alimentarse ideologías que condicionen prejuicios o que hagan mirar los acontecimientos desde un ángulo determinado, ya que de lo que se trata es de estabilizar, contrapesar inclinaciones muy diversas, intereses que las circunstancias pueden situar como contrarios. El monarca debe tener una visión semejante a la Naturaleza, donde todo crezca, pueda mutar y ser capaz de nuevos acuerdos, nuevos equilibrios, pues la política opera sobre el movimiento mismo del Destino humano, esto es: sus caminos se van abriendo en concreto y exigen soluciones concretas. Una enseñanza fundamental podemos obtenerla —de otras muchas páginas también, claro está— pero principalmente del elogio fúnebre que hace Tucídides en su tercer Discurso (elogio de los atenienses caídos en el primer año de guerra): la mejor constitución del Estado es la mixta; esto es, los ciudadanos son iguales ante la ley, pero la vida política debe estar gobernada por aquellos que están preparados, educados, para el poder. Como antes dije, en épocas modernas la única sociedad que parece seguir esos consejos es la Unión Soviética, y, obviamente, consigue triunfo tras triunfo. Consecuentemente, el Rey deberá elegir para su gobierno a los más capaces, y deberá oírlos, y nunca permitir que un incapaz prevalezca sobre un inteligente. Un soberano sagaz, rodeado de hombres inteligentes y equilibrados y hábiles, es la cima del Poder Justo.

La necesidad de esa educación de los mejores, de los destinados, ya la había planteado Isócrates, y también la estudiará Platón (pensemos en sus reflexiones sobre el tirano Dionisio), así como la *Ciropedia* de Jenofonte y, desde luego, el magnífico Aristóteles, que además tuvo ocasión de llevar a la práctica sus ideas en su educación del que sería el Gran Alejandro. Un ejemplo moderno lo tendríamos en las lecciones de Ranke para Maximiliano de Baviera.

De esa ensambladura del sabio y el gobernante deriva la gran conclusión: que la capacidad de razonamiento es la más noble de nuestras posibilidades. Baluarte capital de esa educación Real es el principio de la Legitimidad: no basta —dice Grecia— la sucesión. Hay que justificarse en la *Areté*, ella es la legitimación del mando. Y otra advertencia capital a considerar por el Príncipe es que el Estado no es una abstracción, sino la suma del bienestar de los súbditos. Es el amor comprensivo, la Filantropía; pero una Filantropía recta, viril, vigorosa, sin debilidades. Pericles será su mejor ejemplo. Un Príncipe que deberá seguir el movimiento de las circunstancias con la vista fija en lo mejor para su pueblo. Un Príncipe que encarna un orden que debe ser justo, de leyes justas, pero firmes y armónicas entre sí, con especial atención a una justicia rápida en sus trámites y administración. Un Príncipe que deberá ser prudente, como ilustra el Discurso *A Nicocles*. Todo ello es fruto de la Educación, una educación donde el monarca comprende su poder y afina los instrumentos del mismo. Y parte fundamental de esa educación debe ser la Historia misma, de la que él y su tiempo no son sino un eslabón: la Historia, su comprensión, es la base de una ejecutoria recta, pues ella enseña los errores y también es espejo donde mirarse tratando de imitar la virtud de los grandes del pasado y de evitar el mal, cuyas consecuencias muy bien puede calcular por pretéritas tribulaciones.

Hay algo muy interesante: la forma externa del destino Real: las Ceremonias, que impresionan al pueblo, que lo conmueven, pero cuyo fin no es sólo sobrecoger, sino que constituyen la espina dorsal del orden en sí mismas.

El Príncipe deberá aprender que toda tentación de seguridad es errónea, y que debe tener en cuenta la precariedad de las relaciones sociales y estar dispuesto a modificar el equilibrio del orden. Y sobre todo deberá evitar dos hechos asoladores de ese orden: los desmanes de los poderosos, el uso arbitrario de su supremacía, pero también la insurrección de los humildes en cuanto ruptura de la jerarquía social; esto es, la codicia y la insumisión, pues el desenfreno acarrea el fin de las libertades, el fin de la sociedad ordenada por las costumbres y las leyes, y esa hecatombe conduce directamente al caos o al poder intolerante y sin conciencia. Ya Platón lo advierte: el tirano es el escalón siguiente e incuestionable de la anarquía producida acaso inexorablemente por la democracia desmandada.

Uno de los frutos más hermosos de la lucidez griega es un organismo de poder, que con el paso del tiempo decreció legalmente, pero que siempre mantuvo la cima de la autoridad moral: el Areópago.

Hay un discurso —*Areopagítico*— cuya lectura recomiendo por lo que tiene de explicación de la fuerza de esa autoridad moral y de la necesidad de un organismo que, aún más allá de las leyes, cuyo aliento se remonta a los más profundos y misteriosos vínculos tribales de sangre y jerarquía, es control de las costumbres, o lo que es lo mismo y con una expresión rotunda: la instancia moral para mantener a raya el caos.

Ese mismo discurso contiene una parte que sin duda sería en estos tiempos nuestros muy necesario de meditar profundamente: su advertencia sobre el exquisito cuidado que debe ponerse en evitar el despotismo de la mayoría contra la minoría culta y equilibrada. Dado que nuestro sistema occidental de gobierno desde hace años y aún por

algunos, son formas de la Democracia Moderna (quiero decir, con sufragio universal y partidos), conviene ver qué conclusiones del legado de Grecia son actuantes en el mejoramiento de la misma y en la limitación de sus perversiones.

Para aclararnos, pensemos en un suceso reciente y por todos conocidos, y veamos cómo se desarrollan unos hechos y cómo los hubiera organizado acaso un sistema donde la educación del príncipe no hubiera sido olvidada. Cuando los imperios europeos alcanzan con la industrialización un crecimiento que los obligó a eliminarse unos a otros, el mundo sufrió el horror de la Primera Guerra Mundial. Ésta trajo devastación, hambre y revoluciones a Europa. A su final, cuando Alemania fue vencida se desmontó aceleradamente la vieja ordenación centroeuropea, se desgajó el Imperio Austrohúngaro y se sometió a Alemania a una postración insoportable. Los alemanes no tardaron en aliarse con el poder perverso que les prometía un fatuo y ante el cual, todo hay que decirlo, dando ejemplo al propio pueblo alemán se humillaron los gobiernos vencedores en la anterior contienda.

Todo ello condujo a la Segunda Guerra Mundial, esa feroz conflagración por las libertades de un mundo que convendrán ustedes conmigo en que cuando tal guerra terminó estaban mucho más sojuzgadas que a su inicio (piensen en Polonia, en toda Centroeuropa, etc.). La Segunda Guerra Mundial, sobre todo por la influencia de aquel nefasto presidente manejado por los comunistas que fue Roosevelt, se convirtió en una carnicería —ya el mismo concepto de “guerra total” es la mayor proclamación de necedad— y cuando terminó, el mundo occidental y sus tan cacareadas libertades se había entregado atado de pies y manos al imperialismo ruso, infinitamente más sutil, inteligente y poseedor de una idea, de una meta.

No vamos a entrar aquí en la discusión de esos años atroces, sino en imaginar cómo hubieran quizá dominado los acontecimientos aquellos monarcas educados.

1.º— Hubieran intentado solventar el problema del reparto de mercados con una visión de largo alcance, aunque incluyese tratar el problema en el campo bélico, pero limitado, ya que uno de las conquistas de la civilización es precisamente la guerra limitada.

2.º— Desde luego, conseguida la derrota de Alemania (derrota aceptada por un ejército todavía muy poderoso), se hubiera tratado de concertar no una capitulación sin condiciones (jamás alguien inteligente impone esa afrenta), sino una paz sólida, respetando precisamente la potencia militar de Alemania y el orden del Kaiser como garantía para frenar en lo posible el desmoronamiento social; esto es: jamás destruir lo que Alemania y Austria representaban como garantía de orden.

3.º— Con una Alemania fuerte, sin las innobles exigencias del Tratado de Versalles, no se hubiera producido seguramente el nazismo, y de producirse en la descomposición del espíritu europeo, tal fenómeno no hubiera alcanzado proporciones considerables.

4.º— Pero demos un paso más: considerando inevitable ese error, al que tanto colaboró Clemenceau, y al Nazismo ya en escena, se hubiera podido combatirlo sin que ello significase el hundimiento moral de la sociedad occidental, sin que todos y cada uno de los valores que nuestra Civilización había levantado en 2.500 años fuesen arrasados por todos los contendientes; se hubiera podido utilizar al propio pueblo alemán y a su ejército alentando la rebelión contra Hitler en vez de someter nuevamente, con